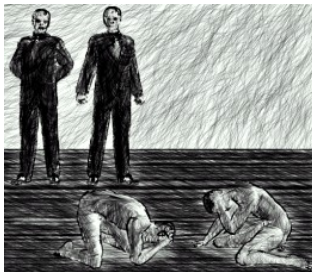


Pobrezas y riquezas, de pobres y de ricos



- *A veces es muy difícil proteger nuestra salud mental, sobre todo en tiempos de hambruna y de guerra – me dijo una mañana el Director del Hospital de Frontera. Hacía mucho frío y yo, era demasiado joven para entenderlo. Hay provincias donde hasta la pobreza, es más pobre todavía.*

He visto que esa pobreza a veces se torna tan apabullante, que muchos no suelen ir al hospital hasta que sienten bien de cerca, a la muerte - *Esto da lugar al robo del futuro, de todas las esperanzas de esta pobre gente – me dijo una compañera médica, que fumaba nerviosa, impotente de cambiar el rumbo de las cosas.*

De aquellos tempranos días de mí empezar a ser médico, recuerdo que me parecía que el destino se vengaba, por haber perdido tanto tiempo de estudiante, hablando de pobreza, entretenido en papar moscas, en vez de ayudar con hechos reales y concretos. Lo que había visto antes, no era lo que veía ahora en el Sanatorio Privado... el esfuerzo de tantas enfermeras a las que se le poblaban de llagas las manos por ayudar a los demás... y sin decirme una palabra, me daba mucha vergüenza de mí mismo mi inacción. Lavar, enjabonar, desparasitar, consolar y dejar conforme a cada enfermo..., era algo a lo que mi asombro nunca terminó de acostumbrarse en esas tristes salas, carentes de lo material, aunque pletóricas de ganas e intenciones.

La vida en medio de la pobreza extrema es solitaria, mezquina, fastidiosa, bestial y breve. La persona pobre está demasiado expuesta a limitaciones y frustraciones de todo tipo, que la hacen mucho más propensa a delinquir. – *No cuentes estas cosas en Buenos Aires. Son muy duras...* - me decían mis amigos del Barrio Norte, a lo cual les respondía con cierta ironía - *¿Por qué no? ¿Es mentira, acaso...? ¿No es así...?*

- *Y me acostumbré a mostrar mis llagas y a sentirme orgulloso, pues la gente por la calle me daba mucha más limosna, que a cualquier otro mendicante...* – recuerdo que me decía riéndose, un envejecido y desdentado de casi cuarenta años, mientras aguantaba, tirado en una camilla, las dolorosas curaciones de sus úlceras - *Hasta las moscas debieron acostumbrarse a volar de otra manera, a explorarme de otra manera, a respirar de otra manera, cuando pasaban cerca de mi.*

- *Mi bebé, mi bebé... ¿Dónde está mi bebé?* – me preguntaba con un hilo de voz, una india que había sido madre por novena vez. Algo raro pasaba con ella, pero la terminaron procesando por “robo de expediente”. En realidad, ella era la víctima de una negligencia médica, me aseguró una partera – *y además... ¿cómo pudo robar su propio expediente sin saber leer ni escribir...?* – Y fue esa misma obstétrica quien me confirmó que la aborígen y su bebé, fueron separados inmediatamente después del parto. Pero claro, solo se habla de robo y tráfico de bebés cuando son rubios y de ojos claros...

Hospital de Incurables, siempre en guerra contra miles de miserias de todo tipo. Aunque a veces se tornaba en un hospital espeluznante, cuando un siniestro doctor realizaba experimentos más que horribles, en “pobres pacientes pobres...” El peor experimento que observé, fue con una mujer epiléptica que en su lecho de muerte, había sido internada y abandonada durante varios días, con electrodos implantados en el cerebro – *Y, hay que probar... para eso son los experimentos en el hospital. Si no, la ciencia no avanza* – me dijo aquel indiferente profesional, encogiéndose de hombros y con las manos en los bolsillos, cuando le reproche su dejadez e insensibilidad. El pobre es pobre y nadie teme demasiado, a sus muy escasas posibilidades de iniciar un reclamo judicial.

- *Es una tos crónica, especialmente a la noche, doctor. No deja dormir a nadie* - me decía con cara de enojada, una mujer sesentona, refiriéndose al marido – *Me cansé de decirle que fumar lo llevaba por mal camino. Me pude acostumbrar a su mal aliento, a verle esas manos y esos dientes manchados; a quejarse a cada rato de su tos y del dolor de garganta... pero a lo que nunca me voy a resignar, es a que me despierte a la noche... ¡tengo ganas de matarlo!* El pobre tipo la escuchaba en silencio mientras ella me hablaba. Luego, bajaba su cabeza, hecho un trapo de piso ante la interminable metralla de reproches, de la única persona – hay que reconocerlo – que todavía se ocupaba de él. Entre los pobres de esa edad, suele haber más amenazas de abandono, que abandonos concretados.

Una monja delgada como un poste gastado, enfundada en trapos redundantes como las arrugas de su rostro, parecía no cansarse nunca. Al que había que frenar por su inconducta, ella se lo decía sin eufemismos de ninguna especie. Fregaba pisos, daba de comer a los enfermos en la boca y al mismo tiempo, era la única que se atrevía a corregir a los guardiacárceles por su modo tan brutal, de tratar a los reclusos pobres y enfermos que el Penal, nos derivaba con frecuencia. Cuando no estaba en la sala, ella estaba orando en la capilla. Jamás supe que comiese o hiciese las cosas más básicas que hacemos todos. Hay quienes rezan como si ninguna tarea pudiese ayudarlas a encontrar el sentido de sus vidas, mientras que al mismo tiempo trabajan, como si no hubiese oraciones que pudiesen rescatarlas del vacío existencial...

Pero mi actividad médica terminó desarrollándose demasiado lejos, de aquel hospital de miserias y pobreza materiales. Terminó trabajando entre las Clínicas y Sanatorios de primer nivel, de una gran ciudad... Sin embargo, al finalizar el día siempre me preguntaba ¿Pero quienes son los pobres? ¿Los que atiendo hoy... o los que atendía antes...?

Acá en la ciudad, estoy cansado de vivir entre egoísmos y miserias del espíritu. Lacras de ricos y pudientes, que duelen y molestan todavía más, que aquella patética miseria material que envenenaba a los más pobres. Realidades que abofetean las ilusiones de esperar un mundo mejor para el futuro. A veces me parece que un poco de dolor, nos hiciera mejores, más humanos. He visto como médico que hay pobres ricos y ricos miserables. Miserables de virtudes, de obras, de humanidades básicas, cocinándose en su propia salsa, hecha de avaricia, ambición y de egoísmo.

- *No, Doctor. Hoy no me la puedo llevar de alta a madre. Todavía no la atendieron ni la pedicura, ni la manicura, ni su coiffeur personal...* - me decía contando con los dedos, una rubia “pitucona” – *Así, está impresentable, no me la puedo llevar... ¡¿Qué dirían nuestras amistades, doctor... ?!*

- *Pero Señora, ella está bien. Necesitamos que desocupe la cama para poder internar a otros pacientes que están muy graves...*
- *A mi no me importa. A mi solo me importa, madre. Discúlpeme, pero para eso pago...*

Salud como bien de consumo, no como derecho. El principio económico del egoísmo, siempre rigiendo su pensamiento en todo. A veces me pregunto que será más grande, si su fortuna o su egoísmo ¿Creerán ellos en Dios? ¿O solo creen en ellos?

- *Que esa negrita no me lo venga a atender a padre. No tengo nada contra ella, pero no quiero que me la atiendan... ¿Me entendió? Yo para eso, pago.*
- *Sí señora, está bien. Lo que usted diga...* - Responde el Señor Director Médico, del prestigioso Sanatorio Privado de Primerísima Categoría.

¡Si uno pudiese al alma mala, impedirle que haga el mal, negándole autoridad, riqueza, poder y todos los bienes...! Pero es inútil, están ávidos de dólares y de confort, de poder, sexo, riquezas y de gloria...

- *Escúchame Juliana, no aguanto más esta ciudad...* - le dije una noche a mi mujer, bajándole el volumen al televisor - *Quisiera irme a trabajar a aquel hospital de la Provincia... Sería todo más sano, más tranquilo, más natural. Podríamos instalarnos sin problemas, tanto vos como yo...*
- *¿¿Qué...?! ¿¿Con aquellos indios rasposos...?! No, ni lo sueñes...* - me contestó, mientras le elevaba el sonido al televisor.

El juicio de divorcio, de mutuo acuerdo, se resolvió muy rápido. Dejé atrás la ciudad y mi vida insatisfecha, quizá mucho más rápido de lo que me esperaba... Pero el Hospital de la Provincia, lo encontré muy venido abajo, mucho peor, después de tantos años... Ya no estaban las enfermeras de antes – las de ahora, estaban sindicalizadas y su trabajo estaba muy acotado -, ni las monjas se habían quedado – se habían marchado y nadie me supo explicar bien el porqué – y encima, faltaban los desinfectantes e instrumentales mínimos...

No me llevó muchos meses entender que son las inversiones empresariales las que reconstruyen la riqueza de un país y no, los planes de algunos políticos iluminados. Ni lo dejé todo en manos de ellos. Tuve sentido de la oportunidad. Liberé mi creatividad... y mientras sentía la pobreza, pensé en la riqueza futura. Y ahora soy el dueño y Director de la única Clínica Privada de la zona. Me llovieron elogios de todos lados y muchos, vinieron de muy lejos para hacerse atender...

Pasaron años de alegrías y tristezas. Pero hoy tengo el diario local tirado sobre mi escritorio. Me acusan en primera plana de explotador, de atraso en los pagos, de no respetar los pactos sindicales y de procurar ahorrar, a expensas de la salud de la gente... Entregué mi vida por esta causa y al final, solo cosecho amarguras. Sentado en mi despacho, me siento triste, solo y abandonado.

Afuera, una tormenta de verano, parece querer amainar. La foto de René Favalaro sobre una pared, me contempla... como si me comprendiese. Y el caño negro de una pistola Bersa, en el cajón de mi escritorio, me mira asombrado... De un golpe, aparto el diario del escritorio y lo tiro al cesto de basura. En su lugar, despliego la carta de mi hija, que recibí esta mañana. “*Papá, quería contarte que voy a seguir la carrera de medicina...*”

“Siempre recuerdo tus palabras: Hay riqueza en la pobreza y hay pobreza, en la riqueza. Solo hay que saber verlas...”

Desde la ventana contemplo que la tormenta, ya pasó. Unas palomas encuentran que su nido, fue destruido por el furioso temporal... pero enseguida traen pequeñas ramas y pajas, y se disponen presurosas al trabajo. Hay que reconstruir el nido todas las veces que sean necesarias, me digo. No le sirve a nadie llorar, ni suicidarse... Desde la foto, Favalaro sonrío y parece retomar fuerzas, como para seguir “galopando contra el viento”

Fin
Fin